

Un cuento chino o la visita del doctor Zhao

Por Guillermo Jaim Etcheverry*

Periódicamente intento comparar la situación de nuestra Facultad de Medicina con lo que sucede en otros países (muy, más o menos o nada democráticos) y he comprobado que se trata de una empresa de riesgos imprevisibles.

Sin embargo, cuando supe que visitaba Buenos Aires un colega de China Popular – donde no se presupone una política elitista, limitativa, antipopular y mucho menos influida por los intereses de la medicina privada – me entretuve en imaginar lo curioso que resultaría un hipotético encuentro. Imaginé también que, confirmando datos fragmentarios que tengo, me relatara algo similar a lo que sigue.

Solo se que Ya-Du Zhao es médico y que estudió en la República Popular China. Me consta, eso sí, que es un prestigioso profesor de neurocirugía en la Facultad de Medicina de Pekín. Aunque nunca lo ví, lo imagino con poco más de cincuenta años (ya se sabe que con los chinos es difícil).

Supuse que lo recibía en mi oficina una tarde de verano. Haciendo su visita más convincente, hasta me pareció escucharlo disculparse de entrada varias veces por no ofrecerme un regalo, como se espera que hagan los visitantes chinos.

Después habló. Notoriamente preocupado por los problemas de la formación de médicos, lo sometí a un interrogatorio prolijo. Hay que admitir que Ya –Du respondió amablemente. Incluso se animó y, como se verá, hizo algunas preguntas.

Así me enteré de que en Pekín, con casi 10 millones de habitantes, hay dos facultades de Medicina. En una ingresan 200 estudiantes por año y, en la otra, 150.

“¿Cuántos intentan ingresar?” “Pocos. Saben que estudiar medicina es muy difícil”. “Está bien, ¿pero cuántos?”, insistí. “En la Facultad que ofrece 200 plazas se presentan alrededor de 2000 aspirantes que completaron los ciclos primario y secundario, es decir, 13 años de educación. La rigurosa selección se hace sobre la base de varios exámenes: idioma chino, una lengua occidental, química, biología, física y matemáticas.” Como debió haber advertido mi curiosidad, Zhao agregó: “Comprende álgebra, geometría y análisis matemático”.

Ya-Du que hasta entonces se había limitado a responder, observó prudentemente: “Me parece percibir que el señor decano se sorprende”. Incómodo al verme descubierto, respondí: “Sucedo que entre nuestros estudiantes las matemáticas no son muy populares”.

La reacción de Zhao no se hizo esperar: “¿Y cómo se preparan para comprender la alta tecnología?” (Corresponde aquí recordar que el profesor Zhao enseña en Pekín, no en Harvard, Cambridge, Canadá o Suecia).

Supuse que si lograba hacer progresar la conversación evitaría responder. “Y a partir de ahí, ¿cómo siguen los estudios?”, pregunté. Me enteré de que los alumnos que aprueban esos exámenes (alrededor del 10 % de los que se presentan), realizan un curso de pregrado de un año de duración con las mismas materias pero esta vez con nivel universitario. Me hice reiterar que sólo hacen esos cursos quienes previamente aprobaron los exámenes.

Impresionado porque un alumno acababa de rendir por décima vez el examen de la materia que enseñé, quise saber: “¿Cuántas veces se pueden rendir los exámenes?” “No más de tres”, fue la respuesta, “luego deben abandonar la universidad”.

Muchos años

Siguen cuatro años de estudio y uno de internado hospitalario. El 95 % de los alumnos concluye sus estudios. “¿Se los habilita para practicar la medicina al terminar esos seis años?”, fue mi siguiente pregunta. Me arrepentí de hacerla mientras la formulaba. Lógicamente, Zhao demostró no entender a qué me refería. Hubo que explicarle varias veces hasta que, reemplazando su expresión de preocupación por una sonrisa (de comprensión) dijo: “Oh...no, por supuesto que no”. Y si detenerse dio la temida explicación: “No se los puede autorizar a ejercer la medicina porque solo han visto a otros practicarla”.

Una oportuna llamada telefónica me permitió reponerme. Retomé la charla preocupado pero sonriente por algo que me había dicho mi secretaria. Continué: “Y entonces, ¿cuándo se los habilita?” “Al completar una formación obligatoria, equivalente a las residencias occidentales de por lo menos 4 años y después de aprobar exigentes exámenes”, respondió Zhao. Aclaró que para una especialidad como la neurocirugía, la autorización se otorga al cabo de 8 años.

Se produjo entonces una pausa que sólo más tarde comprendí que debería haber evitado. Por cortesía o quizá por genuino interés, Zhao quiso conocer la situación en nuestra facultad. Intenté salir del paso diciendo vagamente: “Aquí es diferente...”

Incómodas precisiones

Pero Zhao no se dejó confundir y exigió precisiones: “¿Cuántos alumnos ingresan?” Cité vagamente una cifra también imprecisa: “Alrededor de 3000”, respondí, ignorando a los fines de la conversación que el Ciclo Básico Común es considerado como el primer año de la carrera. Zhao parecía no entender. Evidentemente culpaba a la dificultad idiomática. Aventuró un: “No alcanzo a comprender...” Yo – que hubiera querido decirle que tampoco entendía aunque mi problema no era precisamente idiomático – repetí la cifra. Con una sonrisa (de incomprensión), Zhao insistió: “¿Podría tal vez escribirlo?” No había escapatoria. Ante la evidencia escrita, Zhao también sonrió.

No desearía extenderme sobre el posible significado de esa sonrisa que ya he advertido, entre otros, en visitantes de Israel, Perú, Japón, Brasil, los Estados Unidos, Colombia, Suecia, Canadá y más recientemente de España. Después de hacerse explicar (varias veces) que eso se refería al ingreso de cada año, preguntó: “Pero, ¿hacen falta tantos médicos...?” “Y..., pareciera que no”, le contesté abruptamente porque ya no quería entrar en detalles. Se comentó, sin embargo, que China tiene un médico cada 1740 habitantes y una mortalidad infantil del 38 por mil y la Argentina un médico cada 350 habitantes con una mortalidad infantil similar.

Como último recurso, intenté ahondar una contradicción que había advertido en el argumento de Zhao. Comencé: “Pero China necesita médicos”. “Si – dijo – en el área de Pekín recién se alcanzará la cantidad requerida dentro de 100 años.” Entonces, dejando peligrosamente en evidencia que me cuesta cada vez más reconocer los límites de lo real, aventuré el razonamiento definitivo: “Si en Pekín hay 2000 jóvenes que quieren estudiar y China necesita médicos, ¿por qué no los entrenan a todos?”

Un país pobre

Nuevamente, Zhao se acomodó nerviosamente en el sillón. Finalmente se dirigió a los otros participantes en la entrevista (porque también imaginé dos testigos) y dijo, como descontando que yo ya no estaba en condiciones de aclararle nada más: “¿Qué quiere decir?”. Intentaron explicárselo de varias maneras. Finalmente, cuando pareció comprender, Zhao se sonrió. Yo, que anticipé la sonrisa, sabía que reflejaría la actitud entre condescendiente y sorprendida de quien debe explicar lo obvio. Lo confirmó su respuesta: “Porque no podemos, no tenemos facilidades, no tenemos suficientes profesores bien formados para enseñar. No se olvide que China es un país pobre...”

Dado el peligroso sesgo que había tomado la conversación, era preciso recurrir a cualquier excusa que permitiera desviarla. Cuando advertí que Zhao traía una cámara fotográfica, me precipité a estimularlo para registrar la visita. Nos pusimos de pie, volvimos a intercambiar generalidades inofensivas,

hablamos de proyectos de cooperación (he aprendido que ninguna visita se justifica si no concluye con una intención de convenio) y nos despedimos.

Sorprendió a todos que invitara al profesor Zhao a salir de mi despacho por una puerta lateral. Sucede que mi secretaria me había advertido que frente a la otra salida se había congregado un grupo de estudiantes que trataba de lograr que los exámenes se adecuaran a lo poco que efectivamente se les había enseñado durante un curso. Como supongo que algunos estudiantes de los que estaban detrás de la puerta deben simpatizar con las ideas del país de Zhao, ya que sus compañeros los llaman cariñosamente “los chinos” – curiosa paradoja que motivó mi sonrisa luego de hablar por teléfono – no me quise arriesgar a que Ya-Du se viera obligado a detenerse. Como diría Cortázar, no fuese que se le ocurriera contarles lo que pasa en China Popular, a esa hora y con la casa tomada.

(Algún lector incisivo y desconfiado podría llegar a afirmar que la entrevista relatada no es imaginaria como obstinadamente quiero hacerle creer sino que tuvo lugar el jueves 17 de diciembre de 1987, entre las 4 y las 5 de la tarde, en el decanato de la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Está en libertad de hacerlo. Yo no lo voy a desmentir. Por temor a los testigos, a mi secretaria, a las fotografías y al propio Ya-Du Zhao, Beijing Neurosurgical Institute, teléfono Pekín 752105)

* Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, donde se desempeña como profesor titular del Departamento de Biología Celular e Histología e Investigador Principal del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.